

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

Pida  
detalles  
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 300

25 Cts.



LA  
NUEVA  
TELEGRAFISTA

POR  
ANDRÉ ROANNE,  
YETTE ARMELL,  
etc.

**Filmoteca**  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 300

---

## LA NUEVA TELEGRAFISTA

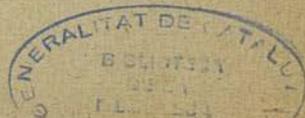
(LA PETITE FONCTIONNAIRE, 1927)  
Encantadora comedia cinematográfica adaptada de  
la novela de Alfred Capus, por Roger Goupillières.\*

Genial creación de los simpáticos artistas  
André Roanne y Yette Armell.

## EXCLUSIVA ESPECIAL GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ROBERT AGNEW





## La nueva telegrafista

Argumento de la película

---

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

---

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona

Aire límpido, campos ubérrimos, vidas sombrías; tales eran las características de aquella pequeña ciudad provinciana, en cuyas callejas, en cuyas casonas ennegrecidas por la patina del tiempo, tejía el tedio su interminable tela gris.

La señora Broquet, sorda y malhumorada, ejercía el doble cargo de telegrafista y administradora de correos, y recibía invariablemente a cajas destempladas todas las demandas de servicio.

El pueblo tenía también su figura decorativa, su Don Juan local; Amador Pagenel, que ostentaba orondamente su título a pesar de su decrepito medio siglo cumplido.

Por aquello de que los extremos se tocan, el obscuro Lebardin, un riquísimo rentista, era el amigo íntimo del luminoso Pagenel. En su vida, inalterable y monótona, no había habido nunca la ráfaga perfumada de una aventura amorosa.

Hasta que un día, la llegada de la substituta de la desdichada señora Broquet, destituida por la influencia de Lebardin, turbó la pasividad del dormido villorrio.

La nueva telegrafista era una muchacha suave y rubia, elegante y correcta, oliendo a ciudad desde muy lejos.

Las chismosas del pueblo se hacían cruces de la novedad de la joven forastera:

—¡Qué escándalo!... ¡El pelo cortado... los labios pintados!... ¡Qué escándalo!

Pagenel también se conmovió y corrió a comunicar sus impresiones a su amigo Lebardin:

—¡Acabo de ver a la nueva telegrafista!... ¡Qué elegancia, qué distinción, qué línea!...

Lebardin sonrió paternalmente:

—¡Tú siempre en tren de entusiasmos y de aventuras, querido Amador!

Los tes que daba en su magnífica finca la

señora de Lebardin, eran la nota de distinción de la localidad, por lo que no faltaba a los mismos nadie que se preciase de elegante.

La esposa del buen Eulogio Lebardin era una excelente mujer con un solo defecto: charlar por los codos. En cuanto divisó al amigo de su marido, le faltó tiempo para preguntarle:

—¿No ha visto usted a la nueva telegrafista, Pagenel?

—¡Oh, señora! Ando demasiado atareado para fijarme en pequeñeces — repuso modestamente el otro.

—Creo que es de una elegancia casi principesca... Dicen que tiene unas ropas exteriores e interiores que quitan el sentido...

Las contertulias de la señora de Lebardin intervinieron en la conversación y pronto la pobre telegrafista quedó completamente disecada en las lenguas de aquellas mujeres.

Pero la llegada del vizconde Gustavo de Samblin distrajo a la reunión.

El joven vizconde era un muchachote franco y jovial. Propietario de un castillo señorial y de muchas hectáreas de terreno productivo, sus *autos* le permitían ir con frecuencia

a París, y por eso tenía más de parisiense que de señorito pueblerino.

En aquel momento llegaba también a la finca de Lebardin la nueva telegrafista, preguntando por el influyente hacendado.

Y mientras aguardaba el regreso del criado que había ido a buscarle, advirtió asombrada a una señorita que se disponía a penetrar en la casa. La joven reconoció en ella a una antigua amiga de sus tiempos escolares y la llamó:

—¡Herminia!

—¡Susana! — exclamó la otra, abrazándola fuertemente.

Se sentaron.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Susana!... Desde el pensionado, ¿te acuerdas?... ¿Y cómo tú aquí?... ¿Estás de paso en Pressigny?

—He fijado aquí mi residencia.

—Entonces hoy comes conmigo... ¡Tenemos tantas cosas que recordar!...

Susana rehusó:

—Lo siento de veras, pero no puedo... El servicio me reclama.

En los ojos de Herminia hubo una interrogación,

—Acabo de ser nombrada telegrafista y administradora de correos de esta población... No tengo más remedio que trabajar... mi padre murió arruinado... — suspiró la nueva funcionaria.

Súbitamente el rostro de Herminia adquirió una expresión de altiva frialdad. Y en seguida dijo, levantándose:

—Dispénsame, pero no me acordaba de que me están esperando.

Susana vió partir a su antigua amiga con una sonrisa de resignación compasiva.

Efectivamente, Herminia Lisieul era esperada por su prometido, el vizconde Samblin.

Y Susana se presentaba al señor Lebardin, anunciándose:

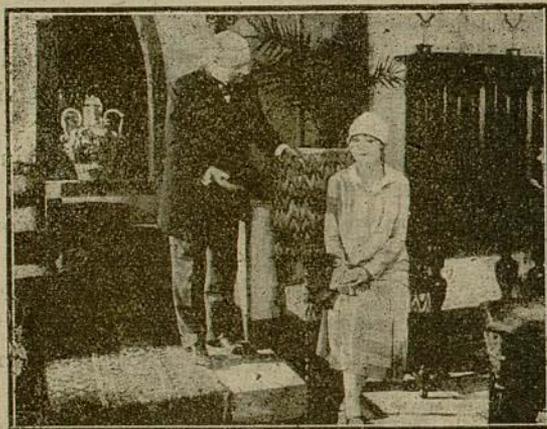
—Soy Susana Borel, la nueva telegrafista.

—Muy bien, señorita. Espero que el servicio marchará mejor que con la señora Broquet.

—Por iniciativa de usted, según tengo entendido — expuso Susana—, se presentó una denuncia al inspector contra dicha funcionaria... Y yo vengo a suplicarle que la retire...

Lebardin se dispuso a negar. Pero vió la claridad de los ojos y de la esperanzada son-

risa de la substituta de la antipática señora Broquet, y sintiéndose ganado, concedió, mirándola deslumbrado:



—Muy bien, señorita. Espero que el servicio marchará mejor que con la señora Broquet.

—Todo lo que usted quiera, señorita... todo lo que usted mande y disponga.

Luego se asomó a una ventana que daba al gran jardín y llamó:

—¡Pagenel!... ¡Samblin!... ¡Subid, hombres de Dios, daos prisa!

A los cinco segundos estaban allí los dos requeridos y fueron presentados a la nueva telegrafista.

Gustavo se acercó a ella y le dijo, acariciándole la mejilla:

—Verdaderamente, señorita, la Administración no se priva de nada...

Pero Susana le contestó con un terrible y armónico bofetón.

—¡Procede usted como un señorito de pueblo!... — exclamó Susana—. Por lo visto, para su criterio, seguimos todavía en la Edad Media, con la humanidad dividida en señores y siervos...

Gustavo de Samblin retrocedió un paso llevándose la mano a la dolorida mejilla.

Llegaba el señor Lebardin completamente renovado, sonriente y optimista, con un documento en la mano.

—¿Qué les ha pasado a ustedes? — inquirió al observar la actitud del joven vizconde y la expresión de disgusto de la nueva telegrafista.

Una ojeada le bastó para comprender la si-

tuación; acercóse a los dos muchachos, y, dándoles una palmadita, les dijo:

—¡Vamos, vamos, señores! Cuando hay juventud se arregla todo... Hagan ustedes las paces.

Susana y Gustavo no se lo hicieron repetir y se estrecharon cordialmente las manos olvidando el ligero incidente.

Herminia Lisieul había venido también a reunirse con su novio y no fué sin un pequeño disgusto que encontró allí a su amiga pobre. Y cuando Gustavo intentó presentarlas, la orgullosa muchacha repuso desdeñosamente:

—No te molestes, Gustavo... Nos conocemos ya.

Lebardin alzó la voz y propuso:

—Van ustedes a firmar que la señora Broquet, la antigua telegrafista, era una funcionaria ejemplar llena de celo y de buena voluntad y que nos equivocamos al acusarla.

Todos le miraron sorprendidos. Lebardin continuó mirando tiernamente a Susana:

—Es la señorita la que lo pide... Y ¿quién se niega?

—Pero Lebardin, si esto es exactamente to-

do lo contrario de lo que nos hizo usted escribir... — objetó Gustavo.

No valieron objeciones y la desgraciada señora Broquet fué proclamada, por obra y gracia de los bellos ojos de Susana Borel, una empleada modelo.

Aquella noche, Lebardin soñó en un idilio con la linda telegrafista y al día siguiente decidió intentar la conversión de su hermoso sueño en una más hermosa realidad.

A las nueve de la mañana, el buen señor se presentaba en telégrafos y saludaba tímidamente a la encantadora empleada:

—Buenos días, señorita, ¿su salud es buena?

Susana correspondió brevemente a su saludo y Lebardin, para disimular su ronda y para permanecer más tiempo a su lado, cursó este telegrama a su amigo Desiderio Blanchet de París, al que hacía diez años que no escribía: *¿Cómo estás? ¿Qué tiempo hace por ahí?*

Al poco rato llegó también el vizconde Gustavo de Samblin con un enorme ramo de flores.

—Estas flores son una petición humilde de perdón, señorita — dijo, entregándoselas.

Hasta el galante Pagenel acudió a telégrafos aquella mañana.

A la salida esperaba a Eulogio Lebardin su señora, que gritó al verle salir:

—¡Si te veo otra vez alrededor de esa telegrafista, te arañó, ya lo creo que te arañó!

Un poco más lejos Herminia Lisieul esperaba también a Gustavo, exclamando cuando el joven se hubo reunido con ella:

—¡Parece mentira!... ¡Un hombre como tú haciéndole el amor a una insignificante telegrafista!

Pero a pesar de todas las amenazas y de todas las reconvenções, Eulogio Lebardin mandaba diariamente el invariable telegrama a su amigo de París, y Gustavo de Samblin se presentaba en telégrafos con un ramo de flores...

Un día estival en que el sol derramaba prodigamente su lluvia de oro, el pueblo de Presigny celebró su fiesta mayor.

Se llenaron de alegría las calles y surgieron por todas partes los festejos.

También Susana Borel, abandonando su compleja oficina, se dirigió al parque, donde

halló al vizconde de Samblin, resplandeciente de gozo.

—Ha sido para mí una sorpresa agradabilísima este encuentro... — exclamó besando la mano de la gentil telegrafista.

Y juntos continuaron su paseo entre las magníficas arboledas, las fantásticas grutas y los cantarines surtidores.

Susana se sentó en una peña, y a su lado, Gustavo de Samblin empezó:

—¿Sabe usted que es usted muy bonita?

—¿Sabe usted que es usted muy embustero?

—Palabra de honor que no digo más que la verdad... la estricta verdad...

—Un poco menos...

—Susana, yo me pasaría la vida a su lado, oyendo la música de sus palabras, de su risa...

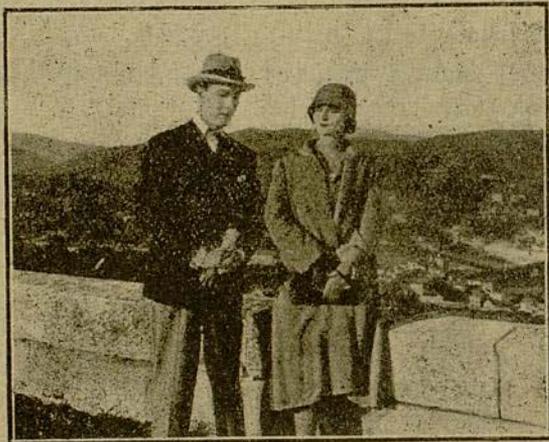
La inesperada llegada de Herminia Lisieul que venía en busca de su prometido, interrumpió el diálogo de los dos jóvenes.

—¿Es así cómo me esperas en el lugar de la cita? — dijo Herminia, furiosa—. Por lo visto encuentras más agradable esta otra conversación...

Y se retiró como una reina ofendida.

Gustavo, después de despedirse de Susana, echó a correr detrás de Herminia.

—¡No te lo perdonaré nunca!... ¡Hacerme



—¡No te lo perdonaré nunca!... ¡Hacerme esperar por... una aventurera!

esperar por una aventurera! — gritó Herminia fuera de sí.

Susana Borel les vió alejarse con una amarga sonrisa.

.....

Pasaron los días. En los bosques milenarios revivieron por unas horas las ninfas y los faunos de la leyenda y entre la fronda lanzó un chillido irónico el caramillo del dios Pan.

Pero los faunos, fueron faunos modernos que enfocaban hábilmente el objetivo de la máquina fotográfica a la ninfa en "maillot".

Y así, Eulogio Lebardin, ensordecido entre los árboles, recogía en su cámara todas las actitudes de Susana Borel que se disponía a bañarse en el río.

Pronto surgió un nuevo fauno con escopeta: Gustavo de Samblin, que, lo mejor que podía cazar era un rato de conversación con ella.

En cuatro saltos estuvo a su lado. Sorprendida Susana dejó caer su albornoz.

—¡Oh, señorita!... — empezó el vizconde.

Pero se presentó el señor Lebardin, con su aparato y sonriendo beatíficamente.

Gustavo recogió el albornoz del suelo y ayudó a Susana a envolverse con él.

Ella le miró un momento con aparente frialdad y le dijo:

—Verdaderamente, señor vizconde, se preocupa usted demasiado por... una aventurera.

Y plantándolos a los dos, se arrojó al agua. Lebardin y Samblin se alejaron un poco consternados.



*—Verdaderamente, señor vizconde, se preocupa usted demasiado por... una aventurera.*

El buen Lebardin, deseoso de distraer el ensimismamiento de su compañero, exclamó:

—Vamos, Gustavo, no piense usted tonterías... Recuerde que Herminia le ama... y que esa telegrafista no es de su clase...

El joven se encogió de hombros:

—¡No sé lo que quiere decirme!

Y Susana, entretanto, reflexionaba pensando en su apuesto galanteador:

—En el fondo es bueno... y yo empiezo a quererle...

Los días que siguieron fueron tristes para Susana: el vizconde no volvía y las flores se marchitaban...

Contemplólas desfallecerse en el jarrón que les había destinado, y retirándolas, murmuró melancólicamente:

—¡El sueño ha terminado!

Y Pagenel, mientras tanto, al ir a visitar a su amigo Lebardin lo hallaba encerrado en su laboratorio revelando los negativos que había impresionado del baño de Susana.

—¡Tú estás enamorado, Lebardin!... ¡Enamorado como un colegial! — le dijo—. Pero escucha... ¿le has dicho a ella lo que sientes?

—No me atrevo...

—No te apures. Mi larga experiencia en

lides amorosas me permite darte un medio de lograr lo que deseas.

Se acercaron y estuvieron cuchicheando y planeando largo rato.

Al día siguiente, el "medio" de Pagenel fue puesto en práctica por el tímido Lebardin.

Cuando en su oficina Susana dirigió los ojos a la puerta y vió aparecer unas flores, se estremeció de esperanza y, de ilusión; creyó en el retorno de Gustavo. Pero después de las flores salió el enamorado Eulogio Lebardin, iluminado de gozo.

—Buenos días, señorita... ¿Su salud es buena? — preguntó como siempre acercándose a la ventanilla, y pasándole el ramo a la joven.

Luego se dispuso a hablar. Pero la afluencia de público ocupando a Susana, se lo impedía.

Por fin tomó una hoja de telegrama y escribió: *Señorita Susana Borel. — Oficina Correos y Telégrafos. — Pressigny. — Amor ardiente por usted. — Haga de mí lo que guste. — Le ofrezco situación brillante en París. — Joyas. — Pisito coquetón. — Porvenir asegurado. — Espero respuesta. Lebardin.*

Después se lo entregó a la telegrafista, ocu-

pándose, mientras esperaba el efecto que le produciría, en mirar un mapa colgado en la pared de enfrente.

Susana tomó el papel y empezó a leer: *Señorita Susana Borel. — Oficina de Correos y Telégrafos. — Pressigny. — Amor ardiente por usted.*

—¡Qué declaración más fogosa! — pensó riéndose.

"...Haga de mí lo que guste"

La muchacha miró compasivamente al pobre hombre que esperaba nerviosamente, vuelto de espaldas, de cara al mapa que no veía.

"...Le ofrezco situación brillante en París. — Joyas. Pisito coquetón."

—¡Caramba, esto se pone serio!

"...Porvenir asegurado. — Espero respuesta. Lebardin."

—¡Muy bien! — dijo Susana que se divertía locamente. Y se puso a cursar el telegrama.

Lebardin se volvió:

—Señorita...

—Señor.

—¿Se ha enterado usted del telegramita?

—Son nueve francos con ochenta y cinco céntimos.

Desolado, el pobre enamorado pagó silenciosamente el importe de su declaración amorosa, y salió de la oficina.

Al poco rato entraba Gustavo de Samblin, preguntando:

—¿Ha recibido usted un paquete postal para mí?

Susana fué a buscarlo y se lo entregó.

El joven vizconde empezó a desliarlo, diciendo:

—Señorita, permítame que le dé una noticia...

Y le tendió un tarjetón que decía: *El vizconde Gustavo de Samblin tiene el honor de participar a usted su matrimonio con la señorita Herminia Lisieul.*

Un desencanto mortal invadió el alma de Susana, después de leída la noticia. Todas sus esperanzas destruídas, todo su amor, aquel amor que insensiblemente se había apoderado de su corazón, arruinado.

Loca de dolor, levantóse y se apoyó en una ventana.

Gustavo de Samblin, desconcertado se reunió con ella, preguntándole:

—Pero ¿qué tiene usted... por qué se pone usted así?



—¡De ningún modo! No me marcharé sin conocer la causa de su pena.

Ella huyó hacia el jardín, desplomándose en una piedra. Gustavo la siguió:

—¡Pero dígame lo que le pasa, Susana! Y vió su rostro lleno de lágrimas.

—¡Está usted llorando! — se asombró, tratando de mirarla a los ojos.

—Déjeme usted... se lo suplico...

—¡De ningún modo! No me marcharé sin conocer la causa de su pena...

—Pues bien, voy a decírselo todo... — exclamó Susana arrebatadamente—. ... Yo le quería a usted... me había forjado ilusiones... ¡Váyase usted... váyase!

Y echó a correr huyendo de Gustavo. Pero él la alcanzó y tomándole la cabeza entre sus manos, le dijo apasionadamente:

—Susana, ¿quiere usted ser mi esposa?

Ella renunció dolorosamente, aun viendo brillar en los ojos del amado la llama del amor:

—Imposible... es demasiado tarde.

Algunas horas después, Eulogio Lebardin, que se hallaba en su casa, meditando sobre su fracaso galante, recibía este telegrama:

*Eulogio Lebardin. — Pressigny. — Acepto. Susana.*

El infeliz enamorado creyó alienarse de alegría. Besó mil veces el venturoso papel y explicó a su mujer, que le miraba atónita:

—¡Un gran negocio, Brígida!... ¡Un gran negocio que me ha salido de primera!

Dos meses después, en París, Susana Borel gozaba de la situación brillante que, por despecho, había aceptado de Lebardin, pero el protector pueblerino no podía jactarse aún de haber recibido ni la más mínima prueba de amor.

Pero el buen Lebardin decía en la carta que Susana estrujaba entre sus manos: *muy pronto, querida Susana, estaré a su lado; entonces por propia experiencia, podré decir que la mayor felicidad es amarla y ser amado por usted.*

#### *Eulogio Lebardin*

Y en Pressigny, Pagenel corría al garage de Gustavo Samblin llamándole a voces. Gustavo salió de debajo de su coche, todo tiznado.

Pagenel resolló:

—Sí, señor, sí... Lebardin se ha ido a París a reunirse con la telegrafista. Yo lo ví en la estación, y me dijo: “¡Pagenel, voy en busca del amor. A Brígida le he dicho que voy a asistir a la boda de la sobrina de Blanchet.”

—¿Es posible?

Y el vizconde salió disparado del garage

hacia el castillo, de donde volvió a salir a los pocos instantes ya vestido, emprendiendo entonces una desenfrenada carrera hacia París.

Entretanto, la señora Lebardin, que tenía el



—Sí, señor, sí... *Lebardin se ha ido a París a reunirse con la telegrafista...*

defecto capital de su sexo: la curiosidad, enormemente desarrollado, hurgaba los cajones y armarios de su marido y encontraba un contrato de alquiler en el que se leía:

*Av. Presidente Wilson, 130. Sr. Eulogio Lebardin. Ocho mil quinientos treinta francos. Termina este contrato el primero de octubre de 1927.*

Por un momento, la excelente Brígida Lebardin contempló estupefacta el incomprensible e injustificable documento. Pero la llegada de un personaje desconocido la obligó a distraerse.

—Soy Desiderio Blanchet... — dijo el recién llegado.

—¡Oh! ¿De veras? Precisamente mi marido ha ido a París para asistir al matrimonio de su sobrina...

El forastero se asombró:

—¡Pero, señora, si mi sobrina tiene tres años!

Y en París, el autor de aquel enredo, ciego de felicidad, encontraba a su amada Susana que había ido a esperarlo a la estación, y exclamaba:

—¡Qué ilusión, Susanita mía, y cómo voy a amarla!

E intentó besarla. Ella, hábilmente, se apartó:

—Pero, ¿no le da a usted vergüenza, señor

Lebardin?... ¡En una estación! ¡Delante de tanta gente!...

—Tienes razón. ¡Ah, vida mía, qué juicio-  
sa eres!

Ya en el interior del *taxi* que les conducía a casa, el buen Lebardin suspiró:

—¡Susana, me parece mentira verme aquí, al lado de usted!...

Y el pobre hombre trataba de obtener anticipos que la joven esquivaba diestramente.

Al llegar al pisito de Susana, Lebardin se dispuso a subir con ella. Pero Susana le detuvo, diciéndole:

—Vamos, sea usted galante... ya entrará usted cuando yo le llame... Ahora váyase a un hotel.

Y mansamente, el obediente Lebardin se separó de la deseada criatura.

Al día siguiente, cuando iba muy tempranito a dar los buenos días y una caja de dulces a su amada, Eulogio Lebardin vió que el vizconde de Samblin saltaba precipitadamente de su *auto* y penetraba en casa de Susana.

Y atontado, esperó, sin decidirse a seguirle, que bajase.

Arriba, Susana recibía la tarjeta del vizconde, en la que éste había escrito:

*No tengo más que una sola palabra que decirle.*

Poco después le recibía, procurando ahogar la emoción que la rendía.

Gustavo paseó una mirada ligera por la refinada decoración y exclamó:

—Está usted instalada confortablemente... La felicito...

—¿Y sólo para felicitarme ha venido usted? — preguntó ella con ironía.

—Si usted supiera, Susana, qué vacía, qué falta de finalidad me parece la vida... Por eso en cuanto supe su dirección, corrí a visitarla...

—¿Y su esposa?

—Ya no tengo esposa. Le explicaré... Un día salimos al campo ella, yo y el doctor Bigars, y al volver de una pequeña ausencia que había tenido que efectuar, los sorprendí abrazados y besándose... Y como que el incidente ocurrió algunos días antes de la boda, tomé el partido de seguir soltero.

Frente al número 130 de la Avenida del Presidente Wilson, acababa de detenerse otro

automóvil. Y de su interior, Lebardin, horro-  
rizado, vió salir a su mujer, que había corrido  
inmediatamente a informarse de los sospecho-  
sos motivos del viaje de su esposo.

Brígida se dirigió furiosamente al pobre Eu-  
logio y rugió:

—¿Puede usted explicarme de una vez qué  
es lo que hace usted aquí?

—Pero, mujer... — balbució él—, ¿no te  
he dicho que venía a asistir a la boda de la  
sobrina de Blanchet?

—¿Todavía quieres seguir engañándome?  
¡Sé perfectamente que la sobrina de Blanchet  
tiene tres años!...

Un poco arrepentido, muy desazonado, Eu-  
logio concluyó:

—Espérame aquí un momento; a la salida  
te lo explicaré todo...

Y entró resueltamente en el santuario de su  
ídolo. Al ir a penetrar en el cuarto de Susa-  
na, la voz apasionada del joven Gustavo de  
Samblin llegó distintamente a sus oídos:

—...y si usted hubiese seguido en Pressig-  
ny, yo le hubiera impedido aceptar los obse-  
quios de ese imbécil de Lebardin.

Este abrió la puerta, diciendo, con una aba-  
tida sonrisa:

—¡Mil gracias, vizconde!

Después, aproximándose a ellos, tendió la  
mano al vizconde:

—Acepte usted mi mano de amigo... de  
amigo leal... A pesar de que me ha tratado  
usted de imbécil, no le guardo rencor, y para  
demostrárselo, voy a darle un consejo...

Susana, angustiada y violenta, había sali-  
do de la habitación.

—¿Cuál consejo? — pidió Gustavo.

—Cásese con la señorita Borel... ella le  
ama y usted la encuentra encantadora...

Gustavo hizo un gesto sarcástico y ex-  
clamó:

—¿Y es usted quien se atreve a proponer-  
me eso, después que...?

—¡No! — se apresuró a rebatir Lebardin.

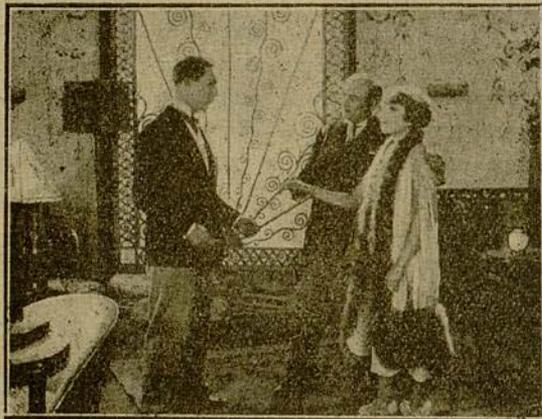
—¡Vamos, hombre! ¿Cree usted que yo he  
nacido ayer?...

—¡¡Le digo a usted que no!!... — protestó  
enérgicamente el honrado señor.

—¡Hombre, por Dios!... ¿Por quién me  
toma usted?

—No... ¡y no! A fe de Lebardin.

Gustavo de Samblin vió la sinceridad en los ojos de su amigo y aceptó cordialmente la mano que le tendió.



*—¿Lo ve usted?... En el mundo, con buena voluntad todo se arregla...*

—Como regalo de boda puede usted ofrecer a Susana este pisito coquetón, reembolsándome, naturalmente, todos los gastos que yo hice... Es poca cosa... Cincuenta mil francos...

—Bien — convino el vizconde ya completamente tranquilizado y tembloroso de dicha.

Lebardin fué a buscar a Susana y unió su mano con la del joven Gustavo.

Luego dijo, sonriendo paternalmente:

—¿Lo ve usted?... En el mundo, con buena voluntad todo se arregla. Y ahora, dispéñeme, Susana... mi mujer está esperándome para llevarme de la mano a la prosa, al tono gris de la vida que sienta bien a mis años...

Salió. Tras aquella puerta que él cerraba, quedaba la ilusión que para él no había ardidó nunca; quedaba el amor que ya no tenía tiempo de gozar...

Abájo, la vida, implacable, personificada en la señora Lebardin, aguardaba a su víctima. Arriba, el amor de juventud coronaba de rosas a sus dos bellos héroes...

FIN

Próximo número:

**LA GOBERNADORA**

por la gran actriz PAULINE FREDERICK

Postal fotografía-regalo: KATHLEEN KEY

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Sale todos los miércoles: Precio: 25 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

DOS GRANDES EXITOS EDITORIALES

lo han constituido las preciosas novelas

**EL JUDIO ERRANTE**

por GABRIEL GABRIO

libro 14 de las EDICIONES ESPECIALES de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Y

**El hijo del Arroyo**

de ARTHUR GERNEDE

libro 4.º de la lujosa e interesante

COLECCION DE NOVELAS SENTIMENTALES

DE

Ediciones BISTAGNE

DE VENTA EN TODAS PARTES